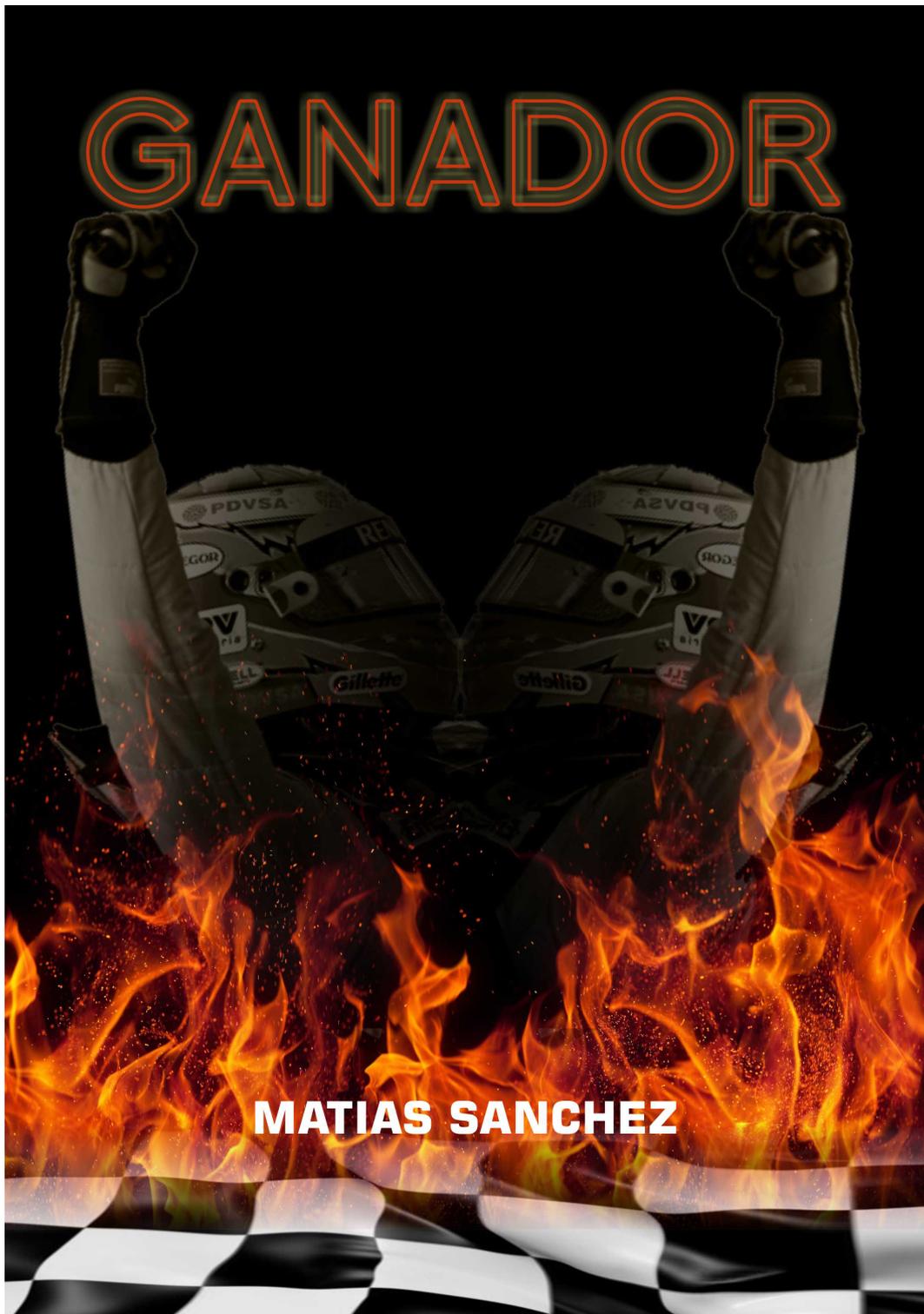


GANADOR - editado -

Matias Sanchez



Capítulo 1

GANADOR

Huelo humo y la visión en la cabina comienza a ponerse borrosa. El hedor a aceite quemado perfora mis pulmones pero no puedo detenerme. Conducir en estas condiciones a más de doscientos kilómetros por hora no es muy seguro, pero mi espíritu competitivo es implacable.

Voy liderando la carrera, solo faltan dos vueltas, no puedo ceder ahora.

Intento contener la respiración en la última curva antes del ingreso a recta principal. Mis manos se mueven como rayos coordinados a la perfección con los truenos en mi pies. Tercera, cuarta y finalmente quinta marcha. Pie derecho apretando el acelerador a fondo. Mi cuerpo se estruja contra la butaca por la aceleración. Sensaciones por las que vivo, por las cuales dedico mi existencia al riesgo constante.

El campo visual se achica a un punto focal distorsionado en el centro del parabrisas. Máxima velocidad, máximas revoluciones de un motor que ruge con bravura. Todo está dado para conseguir la victoria, de no ser por esta niebla oscura que lentamente atiborra el habitáculo.

Los discos de freno al rojo vivo marcan la intensa desaceleración para ingresar a la curva uno. Violentos rebajes en los cambios de marcha producen vibraciones fuera de lo normal. Algo no está funcionando como debería y los primeros resplandores anaranjados encuentran su lugar entre el espeso humo que no deja de crecer.

Mi primer competidor directo, ese primer perdedor, ese que va en segundo lugar, aparece en mis espejos retrovisores. Los estridentes colores de su decoración juegan saltando de izquierda a derecha, de derecha a izquierda. Retrovisores laterales y central, en todos aparece y desaparece. La infalible pieza de ingeniería que me llevaba tranquilo a la victoria, está perdiendo rendimiento. Una extraña sensación comienza a recorrer mis músculos desde mi cabeza y bajando lentamente hasta mis pies. La tensión crece hasta llegar a un punto inhumano, pierdo precisión en mis movimientos. Caótica sinapsis neuronal que intenta develar el misterio. Procesar las señales exteriores con velocidad es mi especialidad, pero no es normal que dichos indicadores vengan desde adentro, desde mi ser. El tiempo se ha vuelto tan relativo. Miles de pensamientos cruzan por mi mente en tan solo fracciones de segundo.

- No me vas a abandonar ahora hijo de puta, no ahora que falta tan solo medio circuito. Aguantá carajo!.- le grito con bronca al auto de carreras.

Nuestra relación es de amor odio, compañeros y enemigos.

Mi cuerpo se sacude de lado a lado mientras transito el sector sinuoso a gran velocidad. El chirrido en los neumáticos me avisan de que voy manejando al límite de las posibilidades físicas del vehículo, al límite de la locura, acariciando la muerte. No puedo perder esta carrera. No puedo... Es miedo lo que me ataca con violencia, pero no es temor a perder la competencia, es un profundo terror a no poder, a darme por vencido. Ahora lo veo claramente, esta carrera se ha transformado en una contienda contra un destino que parecía escrito, asegurado. Flashes de lucidez bombardean mi cerebro y logro comprender que mi mayor enemigo en este momento, soy yo mismo. Lo que debería ser una competencia aguerrida contra otros desquiciados seres humanos, se convirtió en una batalla de auto superación. A pesar de los constantes intercambios de colores contra la pintura del mi auto que era continuamente rozado en infructuosos intentos de superación, decido olvidarme por un instante de todo el entorno inmediato. Canalizar todas mis turbulentas energías para no perder el control era mi nueva misión. Debía potenciar las armas defensivas y afilar las estrategias ofensivas.

Ya casi no veo hacia adelante, manejo prácticamente de memoria. Por suerte a este circuito lo conozco bien desde hace años, sin embargo la visión no es el peor de mis problemas. Me está costando mucho respirar y el calor a comenzado a elevarse de manera dramática. Las llamas están tomando el habitáculo desde el frente, avanzando por mi derecha en el sector del acompañante. Mis pies comienzan a quemarse, me cuesta apretar los pedales y con mi mano derecha debo cubrirme la porción del rostro que no se encuentra cubierta con el casco.

La fuerza G que se impone sobre mi cuerpo, haciendo crujir todas las vertebras de mi cuello al salir a fondo de la curva rápida e ingresando al último sector de máxima aceleración anterior a la meta. La constante pérdida de rendimiento ha conseguido que el segundo esté pisándome los talones. Continúa golpeado con sutileza mi paragolpes trasero en señal de aviso. Está intentando ponerme nervioso. Busca el sobre paso a como de lugar, llenándome los espejos con sus impotentes maniobras. La desesperación por la victoria le ha hecho perder la compostura, eso juega a mí favor. No voy a detenerme, no voy a entregar la carrera. Ganar es en lo único que pienso sin importar las consecuencias. Esta victoria sería la mayor conquista de mi vida, la conquista de mis miedos, una conquista existencial sobre mi persona.

Por fin la última curva. Ya casi no puedo respirar y las llamas comienzan a envolverme. Siento el ardor en la piel de mi cuerpo, todo mi lado derecho está a centímetros del fuego. El traje anti flamas entrega su completo potencial a mi cuidado. Lo está dejando todo por mí, por ayudarme a

ganar.

Tercera, cuarta, quinta y el pie derecho a fondo por última vez. Ahora el dolor es tremendo, ya casi no puedo resistirlo. Por el rabillo de mi ojo izquierdo, en el rincón superior de la ventanilla, consigo ver, aunque borroso, el flamear de la bandera a cuadros. Victoria! Dulce, amada y deseada victoria!

Sin pensarlo dos veces, utilizo toda la fuerza que queda en mí, para lanzarme con ambos pies sobre el pedal de freno. Dirijo el auto de carreras fuera del circuito y sin que se haya detenido por completo, me arrojo del mismo. Ruedo en el verde césped para extinguir las llamas que se alojaban en mi cuerpo. Abro los ojos y veo la maravillosa bóveda celeste. Lleno mis pulmones de aire limpio, fresco. El grito ensordecedor de las tribunas vitoreando me motivan para reincorporarme rápidamente. Aún con el casco puesto y mucho dolor en todo el cuerpo, levanto ambos brazos, vuelvo a mirar al cielo, agradezco la ovación. Esto debe ser lo más parecido a encontrar la felicidad, a vivir en el paraíso. Miles de personas de pie gritando mi nombre, celebrando mi victoria. Este es mi sueño, mi momento de sentirme invencible, único, insuperable. Mi gran película de perfecto ego masculino.

Sin entender que me pasaba, la perspectiva de mi visión cambió para transformarse en una especie de cámara que sobrevuela mostrando la escena. Primera imagen, una muchedumbre reverenciándome, cientos de fanáticos desbordados que corren por el pavimento a abrazarme y yo como centro de todo. Variedad de sirenas componen la majestuosa banda de sonido. Bomberos, ambulancias y vehículos de emergencia danzan a mi alrededor como un ballet de grotescas máquinas sometidas a venerarme.

De fondo, como escenografía trágica de la majestuosa epopeya, mi corcel de acero es envuelto por los brazos del demonio. Mi perfecto auto de carreras completamente cubierto en voraces lenguas rojas y amarillas. Ese auto campeón se despide estoico bajo el yugo de las flamas. Adiós amigo mío, tú estás perdido para siempre, pero tu proeza vivirá en las vitrinas de los éxitos mecánicos. Ahora formas parte de la historia en el pabellón de los campeones.

Las intensas sensaciones desaparecen, mi visión juega y se eleva cada vez más. El reflejo del sol me enceguece unos instantes. Dejo de sentir dolor, ya no me cuesta respirar. El vitoreo se transforma en gritos desgarradores, me aturden, me asustan. Devuelvo la vista hacia abajo y veo como mi cuerpo se desploma inerte antes de ser alcanzado por los médicos.

Qué carrera acabo de ganar, siento que floto de felicidad. Nada más importaba que ganarle a todos. Nada más importaba que superarme

a mí mismo.

- Qué ironía, este es uno de esos momentos en los que la felicidad nos desborda y pensamos: "Podría morir ahora mismo, me siento especial, realizado, completo."-